

andan con zapatillas de fieltro y saben adónde van. Stendhal, el gran psicólogo, se alegraría de conocerles, y les estudiaría como estudió á Luciano Sorel y á Fabricio del Dongo, que tenían *carácter*.

Pero ¡esta sultana favorita que la prensa y la opinión se han echado en España..., hay que reconocer que está á la altura de nuestra condición peculiar!

No es comparación odiosa: es observación, con ánimo de que pueda aprovecharse. — También nosotros, la colectividad, somos así: arrebatados, imprevisores, codiciosos con codicia impulsiva, derrochadores, cándidos, *infelices*, juerguistas, «abiertos incautamente» al cartaginés, ó sea al *gancho* que nos explota, mientras le guña un ojo su compadre el platero, que vende las cosas por doble de lo que valen...

¡Qué de amarga psicología nacional chorrea el asunto Cecilia!

\* \*

Reconociéndose nuestras ignaras muchedumbres en varios rasgos de los que distinguen á esa huri del fogón, se han prendado de ella; ya tiene una aureola como la que antaño (y obsérvese la diferencia del tipo popular, y reconócese que aquél era infinitamente más simpático, encajaba en la *leyenda dorada*) cercó la frente de los Josés María, Candelas y otros guapos trabucaires.

\* \*

Y á decir verdad, los crímenes, en sí, como caso aislado, ninguna importancia revisten. Sólo adquieren significación al revelar un estado general de las costumbres y por consiguiente de los espíritus. Entonces, cuando expresan el ideal rebajado y grosero de la multitud, son un síntoma. Veinticinco hombres fulminados por el rayo; cien mutilados ó muertos por la explosión de un polvorín; treinta mil á quienes se traga la tierra al irrumpir un volcán; doscientos mil que se lleva una pestilencia..., ¿qué? ¡Caso fortuito! ¡Suerte común de la especie! Morir habemos, de un modo ó de otro. — Lo único que merece consignarse es lo que, al suceder, rasga el velo que encubre el santuario del alma. De ahí se deriva el valor de ciertos actos, insignificantes á primera vista.

\* \*

¡La sociedad puede tanto! ¡Es tan ilimitada la fuerza que desarrolla, y haría tanto bien si se respetase á sí misma! — Ya sé que es pedir cotufas en el golfo... Y sin embargo, ¡cuán fácilmente se dan los ejemplos y las lecciones, queriendo darlos! — No me precio de retraimiento; soy tan aficionada á espectáculos como cualquiera; pero no veo sacrificio en abstenerse de algunos, y declaro que no saldría á una estación ni á una calle para ver á una criminal tan adocenada, tan insulsa, tan estúpida, y recalquemos la palabra: tan *irresponsable*, por esa misma estupidez, como la que estos días trae revuelta á España.

Mientras creí que esa mujer había tenido el arte de ocultarse, reconocí en ella cierta estratégica disposición, que no carecía de mérito; porque al fin, una mujer sola contra policía, guardia civil y todos los agentes de la ley, es lucha desigual. Cuando pusieron á precio su captura, me creí en el siglo XIII, y el interés aumentó. — Y después... ¡si ya me parecía á mí! ¡Qué diantre! ¡Milagro fuera otra cosa!... Resultó que no se ocultaba, al contrario; que se enseñaba, que se lucía, que no le faltó más que colgarse en la espalda un leterito, — y que su presunta destreza no era más que la probada ineptia de los otros...

\* \*

¡Ea, se acabó el chiste! El toro acosado que se revuelve y se defiende, ¡bueno! El buey que se deja degollar vilmente..., triste diversión.

Y desde que los hechos demuestran que una criminal ni es inteligente, ni hábil, ni hermosa, ni la han guiado móviles novelescos, ni se diferencia de las demás *menegildas*, ¿se justifica esa aglomeración de gente, esos artículos con inventarios de efectos y ropa y recuento de gestos y estornudos, esta neurosis epidémica, coincidente con los primeros calores del tardío verano?

La más negra es la complicidad de los elementos semicultos ó cultos — gobiernos, prensa — en estos movimientos torpes del populacho. A los gobiernos les viene bien; ¡como que distrae! Mientras se habla del crimen, no se habla de otra cosa, y los gobiernos aquí son los eternos mal vestidos, que rehuyen la luz solar y detestan que nadie fije en su cara sucia y en su ropa mugrienta una mirada investigadora. «Música, música,» repiten con el profesor de Joaquinito Rodajas. Y todo lo sensacional, sea del género que sea, es *música*. En cuanto á la prensa, es la esclava de sus culpas, añejas ya. Ha contribuido á estragar el paladar del público, y cuando se echan especias á puñados en los guisos, es preciso aumentar la dosis, ó viene la inapetencia. Así es que un crimen, muy repulsivo, con pimienta sexual y guindilla sangrienta, y con un *misterio* burdo, que se claree, es una lotería. ¡A hincar el globo! ¡A lanzarlo á las regiones del aire vano, para que estalle y se desinfe después de haber hecho abrir la boca y alzar la jeta á millones de papanatas!

\* \*

Como soy, no justa, pero sí amiga de la justicia, diré que esta malsana apoteosis del crimen también en Francia hizo estragos. Y pongo *hizo* porque se me figura que el mal ha entrado en un período de remisión. — ¿A qué creerán ustedes que atribuyo el descenso de la popularidad de los criminales en Francia? A una cosa muy natural: al surco que abrió el asunto Dreyfus. Pensemos como pensemos; seamos clericales, militaristas, aristócratas, monárquicos, nacionalistas, antisemitas, ó todo lo contrario; afirmemos ó neguemos la culpabilidad del célebre oficial de artillería, ¡ah!, no podemos dudar que las pasiones puestas en juego por su proceso son de un orden tan distinto de las que suscitó el crimen de la plancha y de las que arrastran á la muchedumbre tras las huellas de su autora.

Corrientes profundas de opiniones y de sentimientos; cuestiones de altísima trascendencia, que afectan á lo más íntimo y delicado de la estructura y de la organización social; un impulso innegable, erróneo ó no, del patriotismo; otro impulso, no menos evidente, hacia la equidad y la piedad; todo esto se veía y se demostraba en la agitación Dreyfus. ¿Qué importa que en tan amplio movimiento, en tales corrientes de aire, fuesen envueltas partículas de polvo y espuma rojas de odio, vahos de mentira? Esa es levadura y lastre que no puede faltar en lo humano. Mirad el conjunto, y repetiréis lo que yo repetía entonces: envidio á Francia ese asunto Dreyfus que, en opinión de muchos, tanto la perjudica; quisiera recogerlo para hacer de él un elemento de la regeneración de España.

Desde que una emoción semejante, grave, alta, espiritual, intelectual, verdaderamente *jurídica*, problema del derecho si los hubo, se impuso á la atención de esos franceses á los cuales, no sé por qué, prodigábamos el dictado de *ligeros* (¡en esta tierra del corcho!) (¡entre centenares de miles de *tapones*!), los crímenes perdieron atractivo. Se habla de ellos moderadamente; se distrae la atención un momento, como sucedió con el horrendo drama de Coran-chez y las depredaciones de los *Apaches*; pero el romanticismo de la guillotina también ha sido guillotinado. ¡Séale la tierra grave!

\* \*

Como estamos tan divinamente informados, que no habrá menudencia que ignoremos, sábase que la criminal de moda leía cuando fueron á prenderla y sigue leyendo en su prisión. La noticia no me ha complacido; al contrario. Mejor fuera que, cuando la capturaron, la joven planchadora de cráneos se dedicase á bailar seguidillas. ¡Tan desacreditada como está ya en España la operación de leer, y todavía han de venir los asesinos á demostrar prácticamente que esa mala maña de la lectura es compatible con los mayores excesos, y que se avienen perfectamente quehaceres en apariencia heteróclitos y aficiones divergentes, como la de describmar al prójimo y llevarse lo que tiene y la de ilustrarse empapándose en unos *Trozos selectos*!

Un solo consuelo nos queda á los que nos consagramos á dar á luz puñados de hojas impresas bajo una cubierta, con nuestro nombre al frente. Cecilia leía en sus soledades bulliciosas de Puigcerdá *Trozos selectos*, y lee un libro del Padre Coloma en la cárcel. ¡Si de ésta también nos dicen que la perdieron las malas lecturas!

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

### SÍNTOMA

Puesto que estamos sentenciados á literatura criminal, á emociones jurídico-patibularias, ¡adelante! Ese asunto es feo, ¿pero hay muchos asuntos bonitos, sobre todo desde que el Transvaal ha depuesto sus armas mil veces laureadas? ¿Es asunto bonito la enfermedad y pasión del rey de Inglaterra? ¿Es asunto bonito la explosión del polvorín? ¿Es lindo asunto la trata de blancas? ¿Es muy estético el suplicio «del agua,» que dan los yanquis á los filipinos, porque aspiran á aquella independencia en nombre de la cual los mismos yanquis nos embistieron á nosotros, por amor, claro, á la humanidad y á los derechos de los pueblos?

\* \*

Ya que lo bonito anda por las nubes..., vamos á lo que tiene impresionada y conmovida á esta España que, desde el mismo instante en que perdió las Filipinas y las Antillas, ni volvió á preguntar por ellas, como si se le hubiese perdido un alfiler de á ochavo: de suerte que parecemos curiosos impertinentes los que solemos repetir á deshora: «Y de Aguinaldo, ¿qué?» «Hombre, sólo por gusto, ¿qué ocurrirá en Cuba?»

De la Cecilia, en cambio, ¡cuán maravillosa información! Aquella escuela del *documento*, ya mandada retirar por los imperiosos decretos de la voluble crítica, ¡vaya si ha dejado rastro en el periodismo! Decláse de los novelistas naturalistas que recogían, como los traperos, cuanto les salía al paso, ó cuanto descubrían revuelto en el montón de los desperdicios. Habrán cometido los novelistas este pecado; lo peor es que hicieron prosélitos, y los prosélitos siempre se dejan á los maestros en mantillas.

Ahí tienen ustedes un crimen de los más vulgares, el crimen y delito *ancallario* por excelencia: el robo doméstico. Entre los sujetos que pueden cometer tal crimen, el más fácil de combinar (para el ladrón de casa no hay llave, dice el adagio), algunos son, si no interesantes, al menos extraños, y merecen estudio. En Santiago de Compostela, hace muchos años, hubo un criado que le robó á su ama todas sus valiosas joyas y bastante dinero en oro. Para conseguir dar este golpe, y que se le fiasen las joyas, á fin de no necesitar ejercer violencia ni forzar muebles, el tal servidor se pasó cinco años rezando diariamente una hora ante el sepulcro del apóstol, con los brazos en cruz. Logrado su propósito, tenía dispuesta con tal arte la fuga, á Portugal de seguro, que desapareció como si se lo hubiese bebido la tierra: de él nunca se supo más, ni de las benditas alhajas.

«Ami, cache ta vie, et répands ton esprit...»

que dice el poeta. Denme ustedes, digo yo, individuos así, profundos en el disimulo, discretos en el modo de poner por obra un designio; de estos que